
a 00003 481510

LUIS FACIO

LAS PRUEBAS

JUGUETE CÓMICO

EN UN ACTO Y EN PROSA

Estrenado en el TEATRO DE LA COMEDIA de Madrid
el 24 de Febrero de 1906





MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
NÚÑEZ DE BALBOA, 12
1906

LAS PRUEBAS

LAS PRUEBAS

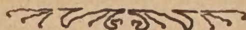
JUGUETE CÓMICO

EN UN ACTO Y EN PROSA

ORIGINAL DE

LUIS FACIO

Estrenado en el TEATRO DE LA COMEDIA de Madrid
el 24 de Febrero de 1906



MADRID
TIPOGRAFÍA DE J. ESPINOSA Y A. LAMAS
Augusto Figueroa, 4.
1906

Al notable periodista

Angel Tegero,

en prueba de sincera y estrecha amistad,

Luis Facio

Febrero 24-906.

PERSONAJES

AURORA........................	Srta. Cortés.
DOÑA TECLA..................	» Touriño.
PEPA...........................	» Adarve.
PORTERA......................	Sra Balanzategui.
ENRIQUE.......................	Sr. Román.
DON SERAPIO.................	» Renovales.
EL REPARTIDOR..............	» Tendero.
EL CHICO DE LA IMPRENTA..	Niña Villagrasa

ACTO UNICO

La escena representa un despacho regularmente amueblado. Puerta al foro y laterales. A la derecha de la puerta del foro chimenea con reloj, y á la izquierda librería. En primer término, derecha, mesa de escritorio, sillas, etc.

ESCENA PRIMERA

ENRIQUE, sale por la izquierda; cierra la puerta cuidando de no hacer ruido y se dirije á la mesa.

ENRIQUE. ¡Ajajá! (Al cerrar la puerta.) Ahora manos á la obra. (Sentándose.) Algo durillo es haberse pasado la noche trabajando, venir á casa á las seis de la mañana y en lugar de entregarse á las dulzuras del mullido lecho, tenerse que poner á corregir pruebas..... Pero no hay otro remedio; pues á las once, lo más tarde, han de estar en la imprenta á fin de que puedan ajustar el artículo en la edición de provincias. Por otra parte, prefiero robar al descanso estas horas, únicas verdaderamente tranquilas, y hacer este trabajo con la quietud y sosiego que su índole requiere; luego, más tarde, es punto menos que imposible hacer nada con tranquilidad. (Pausa.) La verdad es que, pensándolo despacio, la vida que llevo no puede ser más agitada. Mi doble ocupación de fiscal de la Audiencia de Madrid y de redactor político de *El Diario*, me embarga por completo todo el día y toda la noche, no pudiendo disponer de más tiempo, que el absolutamente indispensable para comer y descansar..... Mi mujer está que trina y lo peor es que no le falta razón. Pero es lo que yo la digo: ¡ten paciencia, mujer!, ¡ten paciencia!; deja que trabaje ahora que soy joven, que tiempo tendré para descansar. (Pausa.) Pero, lo que más me en-

canta, lo que verdaderamente me transporta á las regiones de mi bello ideal es la oratoria. ¿Hay algo en el mundo más grande (Levantándose.), más sublime, que un orador ante un público selecto, instruído, numeroso, que no respira para no perder una sola palabra de su discurso; que bebe por decirlo así en el copioso torrente de su fraseología, aunque en muchas ocasiones no la comprenda, que.... (Fijándose en el relój) ¡Caracoles! Las siete y yo discurseando por no perder la costumbre; pero es que no lo puedo remediar. (Sentándose de nuevo.) Pues, si empiezo de este modo, no soy yo el que corrige hoy las pruebas. (Poniéndose á escribir.)

ESCENA II

ENRIQUE *y* PEPA

PEPA. (Llamando al foro.) ¿Se puede?

ENRIQUE. (Primera estación.) ¡Adelante!

PEPA. (Entrando.) Buenos días, señorito.

ENRIQUE. Buenos días. ¿Qué se le ofrece?

PEPA. Que haga usted el favor de darme dinero. He entrado en la alcoba, pero he visto que estaba la señorita dormida y por no despertarla.....

ENRIQUE. Ha hecho usted perfectamente. (Si se despierta ya puedo dar por terminado el trabajo.) Tome usted. (Le da un duro.)

PEPA. ¿Desea usted algo, señorito?

ENRIQUE. Nada.

PEPA. Pues, hasta luego. (Sale.)

ENRIQUE. Vaya usted con Dios. Mal principio. No sé por qué, pero me parece que no corrijo yo hoy las pruebas.

ESCENA III

ENRIQUE *y* DON SERAPIO

D. SERAPIO. (Asoma la cabeza por la puerta dol foro y trae el sombrero de copa todo aplastado.) ¿Estás solo?

ENRIQUE. ¡Calla! ¿Cómo usted por aquí tan de mañana?

D. SERAPIO. ¡Chist! ¡Más bajo! Ya te lo explicaré, pero antes dime si puedo pasar siu que nadie me vea.

ENRIQUE. (Sorprendido.) Sí señor; Aurora está durmiendo todavía.

D. SERAPIO. Entonces paso. (Entra cerrando la puerta; deja el sombrero sobre la mesa de despacho y se sienta delante.)

ENRIQUE. Pero ¿qué le pasa á usted? ¿Le ha ocurrido alguna desgracia á Doña Tecla?

D. SERAPIO. Desgraciadamente, no.

ENRIQUE. ¿Entonces?

D. SERAPIO. A quien le ha ocurrido una desgracia muy grande y á quien le va á ocurrir otra mayor es á mí.

ENRIQUE. ¿A usted? (Muy sorprendido.)

D. SERAPIO. A mí, hijo, á mí; si Dios no lo remedia y tú no me ayudas.

ENRIQUE. Hable usted que ya me tiene impaciente, y en cuanto á ayudarle ya sabe usted que siempre me tiene á su disposición

D. SERAPIO. Pues verás. Anoche salí de casa con la sana intención de ir al Círculo obrero á escuchar la conferencia que tú explicabas sobre la Cuestión social, pero como el hombre propone y Dios dispone, no hago más que poner los pies en la calle y ¡cataplum! me doy de narices con el amigo Jaramillo, el cual, á pesar de mis razones se empeñó en que me fuera con él, pues decía que nos íbamos á divertir mucho. Tú ya sabes lo pelma que se pone Jaramillo, á quien parta un rayo; por fin me coje de un brazo, y que quieras que no quieras me hace ir con él, y después de dar una porción de vueltas por esas calles de Dios, fuímos á dar con nuestros huesos en un café cantante que hay en la Plaza de la Cebada.

ENRIQUE. No me parece mal.

D. SERAPIO. Hasta aquí todo marchaba como las propias rosas, á pesar de no ver yo por ninguna parte la diversión que Jaramillo me había prometido. Nos sentamos en una mesa, pedimos café y media copa, y al tarambana de Jaramillo se le ocurre querer entablar conversación con unas chulas que había en

una mesa próxima; nunca lo hubiera hecho, porque las prójimas empezaron á tomarnos el pelo.

ENRIQUE. Ya va pareciendo la diversión.

D. SERAPIO. Y yo me hubiera dado por muy contento si no hubiera pasado de aquí; pero de pronto se abre la puerta del café y entra un torero que por lo visto tenía que ver algo con nuestras vecinas, porque así que nos vió, se dirige á nuestra mesa, y sin dar los tres toques de atención reglamentarios, ¡pum! descarga cerrada sobre nosotros....., mejor dicho, sobre mí, porque Jaramillo desapareció como por encanto. Lo que ocurrió después yo no te lo puedo explicar; lo único que puedo decirte es que cuando me pude dar cuenta de mi persona me encontraba en el lóbrego calabozo de la Delegación, en donde me he pasado toda la noche pensando en que tenía razón Jaramillo al decir que nos íbamos á divertir mucho, y en la agradable compañía de un borracho llorón, que se ha pasado toda la noche abrazándome y contándome sus penas. Por fin esta mañana me pusieron en libertad y aquí me tienes pendiente de un juicio por escándalo, sin saber cómo explicar á Tecla mi ausencia durante toda la noche y con el cuerpo convertido en un verdadero Cónclave.

ENRIQUE. ¡Imposible!.... (*). (Levantándose indignado.)

D. SERAPIO. ¿Imposible? Pues mira si tengo cardenales.....

ENRIQUE. Imposible es escuchar el cínico relato que de los hechos acaba de hacernos el propio delincuente, sin que el rubor acuda á enrojecer nuestras castas mejillas y la más enérgica protesta de indignación brote de nuestros labios.

D. SERAPIO. (Sorprendido.) Pero.....

ENRIQUE. Si la negra y terrible realidad no viniera con sus poderosísimas y convincentes razones á demostrarnos lo contrario,

(*) El actor encargado de este papel adoptará una aptitud de exagerada seriedad, pronunciando todo el discurso en tono melodrámico y afectado, y haciendo caso omiso de las interrupciones de D. Serapio.

D. Serapio. (Se le ha escapado la cuerda.)

Enrique. jamás pudiéramos suponer que un hombre, que por su edad, ya provecta, su estado civil, su posición social, tiene sacratísimos deberes que cumplir, pueda, ni aun en momentos de obcecación y de locura, olvidar las dulzuras de un hogar propio y honrado, y las caricias de una esposa amante y cariñosa.....

D. Serapio. ¡Anda, salero!

Enrique. para dejarse arrastrar en brazos del más repugnante vicio y del más concupiscente desenfreno.

D. Serapio. Mira; déjate de discursitos y.....

Enrique. Pero no; no es él el único culpable.

D. Serapio. Ya te he dicho que el culpable es Jaramillo.

Enrique. No.

D. Serapio. ¿Tampoco?

Enrique. Culpables son, los que, teniendo en sus manos para desgracia de nuestra querida patria, las riendas de sus gobiernos.....

D. Serapio. Ahora resulta que el culpable es el Gobierno.

Enrique. consienten, impávidos, la existencia de esos templos.....

D. Serapio. Mira que llamar templo á un café cantante......

Enrique. de la inmoralidad, verdaderos antros de corrupción y podredumbre, donde se pervierte, donde se encenaga esta juventud inesperta y descarriada.

D. Serapio. Muchas gracias, por lo de joven.

Enrique. Y pregunto yo.

D. Serapio. Vamos á ver lo que preguntas.

Enrique. Como ha de presentarse el esposo criminal ante la infeliz esposa.....

D. Serapio. Pues eso es lo que pregunto yo precisamente.

Enrique. que con el alma desgarrada por una noche de insomnio y de cruel incertidumbre, espera anhelante y con los brazos abiertos para estrechar.....

D. Serapio. Para zurrar.....

Enrique. para estrechar con ellos aquel mismo cuerpo que momentos antes estrecharan los brazos de otra mujer?

D. Serapio. O los de un borracho, es lo mismo.

ENRIQUE. No olvidéis que el delito de que váis á juzgar, es uno de los más graves penados por nuestro Código.

D. SERAPIO. No será tanto.

ENRIQUE. Los legisladores romanos; aquellos que nos legaron sus leyes; estas mismas que á través de los siglos y los siglos.....

D. SERAPIO. ¡Amén!

ENRIQUE. son la base fundamental de las que hoy nos rigen, no habían previsto el adulterio. ¿Por qué?

D. SERAPIO. Se les olvidaría.

ENRIQUE. Pues, porque le consideraban tan mostruoso que no concebían á criatura humana capaz de incurrir en él.

D. SERAPIO. ¡Cómo cambian los tiempos!

ENRIQUE. Para terminar.

D. SERAPIO. ¡Gracias á Dios!

ENRIQUE. Sólo he de pediros, que al pronunciar vuestro fallo, no os dejéis guiar de otros sentimientos que de aquellos que os dicte vuestra conciencia de hombres honrados. Si así lo hacéis, Dios os lo premie y si no, él os lo demande. He dicho. (Sentándose).

D. SERAPIO. Una porción de majaderías.

ENRIQUE. (Transición al darse cuenta). Usted perdone; pero ha sido un arranque de elocuencia de esos que no puedo remediar. Ya me veía ante el Tribunal, haciendo.....

D. SERAPIO. (Interrumpiendo). Bueno, pues déjate de arranques y vamos á ver si encontramos entre los dos un medio de salir del compromiso en que me encuentro, porque si damos lugar á que se despierte Aurora.....

ENRIQUE. Tiene usted razón. Busquemos un medio..... (Pensando.)

D. SERAPIO. (Pausa larga.) ¡Ya le tengo!

ENRIQUE. Hable usted.

D. SERAPIO. Verás. Diré á Tecla, que anoche en el Círculo Obrero supimos que un amigo se había puesto muy malo ó que le había ocurrido alguna desgracia y que yo me fuí á su casa y allí he estado toda la noche.

ENRIQUE. No está del todo mal, pero ¿quién va á ser la víc-

tima sacrificada en descargo de su culpabilidad?

D. SERAPIO. ¡Cualquiera! (Pausa.) ¡Peláez! Como mi mujer sabe la amistad que nos une desde chicos no le extrañará este rasgo de cariño por parte mía; le parecerá muy natural.

ENRIQUE. Tal vez; pero lo que no le parecerá tan natural es que por asistir á un enfermo se le haya convertido á usted el sombrero en un farolillo á la veneciana.

D. SERAPIO. Tienes razón. No había caído en ello. Y ¿cómo lo vamos á arreglar?

ENRIQUE. (Pausa larga.) Pues, muy fácilmente. (Levantándose.) Se lleva usted el mío y en paz. (Entra con el sombrero por la izquierda y sale con otro.)

D. SERAPIO. (Poniéndose el nuevo.) Dios quiera que salga bien la combinación. Pero sobre todo que no se entere Aurora, porque entonces.....

ENRIQUE. Vaya usted descuidado; eso corre de mi cuenta.

D. SERAPIO. Hasta luego, hijo mío, y que Dios ilumine mi camino.

ENRIQUE. Adiós, y buena suerte. Y para otra vez déjese usted de diversiones. (Acompañándole al foro.)

D. SERAPIO. Te prometo que la primera y la última. (Sale).

ESCENA IV

ENRIQUE *y* PEPA

ENRIQUE. (Sentándose.) Al demonio se le ocurre meterse en estas honduras á sus años. (Pausa.) Y á todo esto, las ocho y las pruebas..... buenas gracias. Ea; vamos á ver si consigo.....

PEPA. (Llamando, al foro.) ¿Se puede?

ENRIQUE. ¿Otra vez? ¡Adelante!

PEPA. (Entrando.) Aquí está el repartidor del periódico, que dice desea hablar con el señorito.

ENRIQUE. ¿No le ha dicho á usted lo que quiere?

PEPA. Sólo me ha dicho que era una cosa urgente.

ENRIQUE. ¿Una cosa urgente?..... Dígale que pase.

PEPA. Voy. (Sale.)

ENRIQUE. ¿Qué tripa se le habrá roto?

ESCENA V

ENRIQUE *y* EL REPARTIDOR

REPART. (En el foro.) ¿Dá usted su permiso?

ENRIQUE. Adelante.

REPART. Muy buenos días, señorito. (Entra.) ¿Está usted bien? ¿Y la señorita?

ENRIQUE. Todos perfectamente, muchas gracias.

REPART. Pues..... yo venía á..... pedir á usted un favor. Porque como usted es tan bueno, tan caritativo y tan.....

ENRIQUE. Muchas gracias. Dígame lo que desea, porque tengo mucho que hacer y no puedo distraerme.

REPART. Voy en seguida, señorito. Verá usted, esta mañana, me retrasé un poco en ir al periódico, porque como mi mujer está enferma.....

ENRIQUE. Eso es lo peor.

RAPART. Sí, señor, está enferma y muy enferma. Así es que yo me tengo que preparar el almuerzo y aunque consiste en bien poca cosa, pues los pobres no nos podemos permitir lujos, siempre entretiene; además.....

ENRIQUE. (Impaciente.) Bueno; yo le ruego sea todo lo más breve posible.

REPART. Sí, señor; lo seré. Usted perdone, D. Enrique, pero si no fuera por la necesidad nunca hubiera venido á molestarle.

ENRIQUE. No, hombre, sino es molestia, pero como tengo tanto trabajo yo le agradecería me dijera en que le puedo yo servir.

REPART. Sí, señor, enseguida voy á decírselo á usted. Pero la necesidad es tan mala D. Enrique; ya ve usted mi mujer enferma, yo sin trabajo, porque yo ya no recuerdo desde cuando no echo una peyada de yeso. Si no hay obras, ni siquiera chapuzas, si al menos cayera alguna chapucilla, menos mal, pero......

ENRIQUE. (Muy impaciente.) Pero, hombre.....

REPART. Sí, sí, señor. Es el caso, que esta mañana.....

ENRIQUE. (Interumpiendo.) Se ha retrasado usted en ir al periódico. ¿No es eso?

REPART. Eso, sí señor; y como López el capataz tiene tan mal genio, me ha dicho que se lo va á decir al señor Administrador para que me despida. (Muy triste.)

ENRIQUE. ¡Acabáramos!

REPART. (Llorando.) Ya ve usted D. Enrique. ¿Qué va á ser de nosotros si nos quitan lo único que entra en casa?

ENRIQUE. Y usted quiere que yo hable para que no se lo quiten. ¿Verdad?

REPART. Como usted es tan compasivo...

ENRIQUE. Pues no se apure usted. Esta noche en cuanto yo vaya al periódico lo arreglaré. (Levantándose.)

REPART. (Muy contento.) Muchísimas gracias, D. Enrique. ¡Qué bueno es usted! Si todas las personas fueran como usted. ¡Qué bien estaríamos los pobres! Yo ya se lo digo á mi mujer; si vieras que buena persona es D. Enrique de Lanuza. ¡Y que talento tiene! Escribe en *El Diario* y además, es abogado de las Salesas y después, por las noches, echa unos sermones más largos y más bonitos.

ENRIQUE. (Interrumpiéndole y empujándole con suavidad hacia el foro y con grandes señales de impaciencia.) Vaya, muchas gracias. Que se mejore su mujer de usted y váyase tranquilo que esta noche quedará todo arreglado. (Llamando.) ¡Pepa! Abre la puerta.

REPART. No; no se moleste usted señorito. Mil gracias por su protección y que Dios bendiga á usted y á la señorita, por la obra de caridad tan grande que va usted á hacer.

ENRIQUE. Muchas gracias. Adiós. (Cerrando la puerta.)

REPART. (Entrando de nuevo.) Muchísimos recuerdos á la señorita.

ENRIQUE. De su parte. (Cierra de nuevo y no se separa hasta que le ve marchar.) ¡Jesús! ¡Que calamidad! Tú si que eres una buena chapuza. (Sentándose de nuevo.) Pues señor; vaya una tormenta. La verdad es que tienen desgracia estas dichosas pruebas. No; pues lo que es ahora, suceda lo que suceda.....

ESCENA VI

ENRIQUE *y* AURORA

AURORA. (Sale por la izquierda.) Buenos días, Enriquito.

ENRIQUE. (Esto solo me faltaba.) Buenos los tengas. (Sigue trabajando.)

AURORA. (Sorprendida.) ¡Hombre! Bonita manera de dar los buenos días á tu mujercita.

ENRIQUE. Dispénsame, mujer; pero es que tengo tanto que hacer que no puedo distraerme ni un solo instante.

AURORA. ¡Claro! ¿Y es antes el trabajo que yo? No decías eso hace un año. Entonces todo eran zalamerías; pero ahora..... Ya me decía mama que pronto te cansarías de mí, pero la verdad yo no creía que fuese tan pronto.

ENRIQUE. Mujer, por Dios; si yo no estoy cansado de tí, antes al contrario, es que.....

AURORA. (Interrumpiendo.) No; no te molestes en buscar disculpa, es inútil; estoy plenamente convencida de lo que digo, estás cansado, pero muy cansado de mí.

ENRIQUE. (Con resignación.) Como quieras.

AURORA. ¿Lo ves? Tú mismo lo confiesas. Haces bien. Y ¿eres tú el que me jurabas que jamás me olvidarías? ¿que me querrias siempre?

ENRIQUE. (Resuelto.) Oye, Aurorita: ¿Quieres hacerme el favor de dejarme solo un instante? En seguida termino y después.....

AURORA. (Sorprendida.) ¿Cómo? ¿Me echas de tu lado?

ENRIQUE. No, mujer; no es echarte, es.....

AURORA. (Interrumpiendo.) Decirme que me vaya. (Como tomando una resolución.) Pues bien, sí; me iré; pero será para siempre; me iré con mis padres y de ese modo no te molestaré y podrás trabajar con toda tranquilidad.

ENRIQUE. No seas tonta, mujer; comprende.....

AURORA. ¿Cómo? ¿Me insultas? Eso es lo único que te faltaba. No te basta arrojarme de casa que todavía tienes que insultarme?

ENRIQUE. (Con cariño y levantándose.) Pero ¿quieres hacerme el.....

AURORA. (Huyendo.) ¡No! ¡no te acerques! ¡mónstruo!, ¿me vas á pegar?

ENRIQUE. Pero ¿tú estás loca?

AURORA. Loca, sí; loca, por quererte demasiado. (Lloriqueando.) Y luego para que me lo pagues de ese modo. Siguiendo por este camino llegará día en que nos veremos como los colegiales, una vez al mes. Pues ¿sabes lo que te digo? Que no me he casado para pasarme sola la vida.

ENRIQUE. (Con energía.) Y ¿sabes lo que te digo yo? Pues que no me he privado de dormir las únicas horas que tengo libres, para pasarme la mañana de conversación; pues son las nueve y aun no he empezado el trabajo.

AURORA. (Sorprendida.) Oye, oye, oye. Y ¿qué has hecho entonces desde que has venido del periódico?

ENRIQUE. (A poco lo estropeo.) Pues.....

AURORA. (Interrumpe.) No; no me lo digas, lo sé. Te has estado de palique con la muchacha. ¿Verdad?

ENRIQUE. ¡Aurora!

AURORA. Yo la daré palique. (Llamando.) ¡Pepa! ¡Pepa!

ENRIQUE. (Pues señor, ya escampa.)

ESCENA VII.

DICHOS *y* PEPA.

PEPA. (Entrando.) ¿Qué manda la señorita?

AURORA. Venga usted aquí. Vamos á ver. ¿A qué hora se ha ido usted á la compra?

PEPA. (Sorprendida y pensando.) No puedo decírselo á la señorita, pero el señorito me ha visto marchar.

AURORA. Deje usted en paz al señorito y conteste á lo que yo la pregunto. ¿A qué hora ha vuelto usted?

PEPA. Tampoco me he fijado, pero el señorito me ha visto volver.

ENRIQUE. Aurora, ¿te sería igual hacerle todas esas preguntas en otra habitación y así podría yo trabajar?

AURORA. ¿Ahora te entran las prisillas? Pues no me dá la gana. (A Pepa.) ¿A qué hora se ha levantado usted hoy?

PEPA. No he mirado el reloj pero.....

AURORA. (Interrumpe.) Pero el señórito la ha visto levantarse, ¿verdad?

PEPA. ¡Señorita!

ENRIQUE. ¡Aurora!

AURORA. Pues mire usted, como no quiero que el señorito vea lo que no le importa, ahora mismito coge usted toda su ropa y se va á la calle.

PEPA. Pero señorita ¿usted se figura.....?

AURORA Yo no me figuro nada. ¡A la calle! Y poquitas con testaciones.

PEPA. Pues s·ñor; no lo entiendo. (Sale.)

ESCENA VIII.

ENRIQUE *y* AURORA.

ENRIQUE. Pero, Aurora, tienes un genio.....

AURORA. ¿Cómo? ¿Vas á tener la poca vergüenza de defenderla.

ENRIQUE. Yo no defiendo á nadie; lo que yo quiero es que me dejen trabajar?

AURORA. Precisamente por eso he hecho lo que he hecho. (Se sienta á la mesa.) (Quince días á razón de cincuenta reales al mes..... veinticinco reales. Eso es.) (Levantándose á Enrique.) Dame veinticinco reales.

ENRIQUE. Toma. (Fijándose en la mesa.) Pero, mujer; ¿no tenías otro papel más apropósito para hacer tus cuentas? ¿No ves que me has estropeado una cuartilla?

AURORA. ¡Si no las tuvieras tiradas por encima de la mesa! (Sale.)

ENRIQUE. Esto no es mujer, esto es un mata-suegras. (Sentándose.) No lo puede negar, es el vivo retrato de su madre. (Pausa.) Cuando yo digo que las pruebas.....

AURORA. (Entra por foro.) Ya se ha marchado esa. Ahora me marcho yo, y de ese modo, estando tu solito verás

como nadie te molesta y puedes trabajar bien á tus anchas. (Sale izquierda.)

ENRIQUE. Pues, señor; estoy divertido. Entre las aventuras de mi suegro, las desdichas del repartidor y las ventoleras de mi cara mitad, las pruebas están en el mismo estado que anoche..... Ni que se hubieran conjurado todos. (Se pone á escribir.)

AURORA. (Sale con el sombrero escondido.) ¡Enriquito!

ENRIQUE. (Mirándola.) ¡Aurorita!

AURORA. ¿Dónde has estado anoche?

ENRIQUE. (Sorprendido.) Ya lo sabes, en el Círculo obrero.

AURORA. ¿Y después?

ENRIQUE. ¿Después? En el periódico.

AURORA. ¿Y después?

ENRIQUE. Me gusta la pregunta. Después en ninguna parte. Desde el periódico me vine á casa.

AURORA. Y..... ¿no has estado en ningún otro sitio? Recuerda bien.

ENRIQUE. Te digo que no.

AURORA. ¿No has ido de serenata con..... algún amigo?

ENRIQUE. ¿De serenata? Tú has perdido el juicio.

AURORA. Entonces..... ¿Cómo has traído á casa este acordeón? (Saca el sombrero.)

ENRIQUE. (Anda salero.) (Levantándose.) Yo te explicaré.....

AURORA. (Interrumpe.) No; no te turbes; ya estás buscando una disculpa, pero no te vale. Ahora sí que me voy. (Lloriquea.) No quiero vivir más tiempo con un hombre que me engaña de una manera tan palpable, y que todavía tiene el cinismo de traer á casa el cuerpo del delito.

ENRIQUE. (Tratando de convencerla.) Cuando sepas.....

AURORA. ¡Ay! ¡Qué desgraciada soy. Al año de casada, mi marido se va á tocar el acordeón.....! ¡Ay!

ENRIQUE. (Irritado.) ¡Qué acordeón, ni qué caracoles! (Resuelto.) Mira; ese sombrero no es mío, y yo te ruego que no formules juicios antes de saber la verdad. Yo te prometo que tan pronto termine de corregir esas pruebas, te explicaré todo lo ocurrido y quedarás plenamente convencida de la inculpabilidad de tu maridito.

AURORA. (Medio convencida.) Si; lo que tú quieres es que te dé tiempo para inventar una fábula.

ENRIQUE. Te juro que no.

AURORA. ¿No me engañarás?

ENRIQUE. No, mujer. (Campanilla) Mira, Aurora, haz el favor de abrir, y que sea quien sea, que no estoy en casa, pues de lo contrario no sé como voy á salir del compromiso.

AURORA. Bueno; pero después.....

ENRIQUE. Si; te lo diré todo. (Acompañándola al foro.)

AURORA. (Volviendo.) ¿Sin omitir nada.....?

ENRIQUE. Sin omitir nada. (Campanilla muy prolongada.) Anda, que traen prisa.

AURORA. Voy. (Sale.)

ENRIQUE. Gracias á Dios. (Sentándose á la mesa.) Lo que es ahora.....

ESCENA IX.

DICHOS Y DOÑA TECLA.

D.ª TECLA. (Dentro.) Buenos días, hija mía.

ENRIQUE. ¡Horror! ¡Mi suegra! ¡Sálvese el que pueda! (Recoje los papeles y sale derecha.)

AURORA. Pase usted mamá, al despacho. (Entrando.)

D.ª TECLA. (Sentándose.) ¿Y Enrique?

AURORA. (Sentándose.) Pues, estaba aquí; pero debe de haberse ido á escribir al comedor, porque decía que tenía mucho que trabajar.

D.ª TECLA. ¡Trabajar! ¿Y tú lo crees?

AURORA. ¿Por qué no lo he de creer?

D.ª TECLA. Porque no debe creerse nunca lo que dicen los maridos. Tú, como eres tan cándida, crees á ojos cerrados todo lo que te cuenta el charlatán de tu marido, que para mí es un pillo como todos los demás.

AURORA. ¡Mamá!

D.ª TECLA. Tú te dejas engañar por su charlatanería, pero á mí siempre me ha parecido que tu Enriquito es como los trajes baratos: mientras están en el esca-

parate parecen muy bonitos, pero en cuanto salen á la calle y les da el aire, pierden hasta la forma.

AURORA. Usted, siempre hablando mal de los hombres y sin embargo, no tiene usted motivo.

D.ª TECLA. ¿Que no tengo motivo?

AURORA. No, mamá; porque papá es bueno, es dócil, es.....

D.ª TECLA. Un sinvergüenza.....

AURORA. ¡Mamá! no diga usted eso.

D.ª TECLA. No digo más que la verdad.

AURORA. Pero ¿qué ha sucedido para que hable usted de ese modo?

D.ª TECLA. Que ¿qué ha sucedido? Pues..... nada, una friolera. Que anoche salió tu padre de casa, con pretexto de que iba á oir el sermón que predicaba tu marido en.... no sé en dónde, y esta es la bendita hora en que no ha parecido por casa.

AURORA. (Muy sorprendida.) ¿Por qué no lo ha dicho usted antes? Habrá que enterarse, no le haya ocurrido alguna desgracia.

D.ª TECLA. ¿Qué le ha de ocurrir? Pero..... le ocurrirá. Eso sí; te lo aseguro; en cuanto le eche la vista encima.

AURORA. (Levantándose.) Voy á llamar á Enrique para que.....

D.ª TECLA. (Deteniéndola.) Deja á tu Enrique. Nada adelantaríamos; ya sabes que siempre sale el uno á la defensa del otro y trataría de disculpar á tu padre. Desengáñate, hija mía, son tal para cual. Apostaría una oreja de tu padre contra una de tu marido á que han estado juntos toda la noche.

AURORA. Tal vez tenga usted razón, pero, de todos modos algo hemos de hacer para averiguar lo que ha sido de papá.....

D.ª TECLA. (Con ironía.) Pondremos un anuncio en los periódicos, diciendo que al que lo traiga á casa se le gratificará.

AURORA. Qué cosas tiene V. mamá. (Pensando.) Ahora que recuerdo..... no hay duda.

D.ª TECLA. ¿Qué? ¿Sabes algo?

AURORA. Positivamente, no; pero casi tengo la seguridad de que han estado juntos y de que han estado de francachela.

D.ª TECLA. ¿Qué dices?

AURORA. (Enseñándole el sombroro.) Por lo pronto, mire usted como ha traído Enrique su sombrero.

D.ª TECLA. ¡Calla! Este sombrero, es el de tu padre.

AURORA. ¿Cómo?

D.ª TECLA. Ni más ni menos. Mira: las iniciales son las suyas; S. T., Serapio Tabardillo.

AURORA. Tiene usted razón. Y..... ¿cómo está en casa?

D.ª TECLA. Aquí hay gato encerrado y es preciso darle suelta. Mira, hija mía; por el pronto interrogaremos á tu marido y le dejaremos hablar á su gusto y después yo me encargo de tu padre. (Campanilla.)

ESCENA X.

DICHOS Y LA PORTERA.

AURORA. (Dirigiéndose á abrir.) ¿Quién será ahora?

PORTERA. (Dentro.) Buenos días, señorita.

AURORA. (Dentro.) Buenos días, Manuela. Pase usted (Entrando.)

PORTERA. (Entrando y á DOÑA Tecla.) Buenos días señora. ¿Está usted bien? ¿Y el señor y el señorito, están buenos?

D.ª TECLA. Todos buenos, muchas gracias.

PORTERA. Me alegro mucho. (A Aurora.) Yo subo á traer al señorito esta tarjeta que acaba de dejar en la portería un caballero. Ha dicho que le dijera que no subía él personalmente, porque iba á la oficina y era ya muy tarde.

AURORA. (Leyendo la tarjeta.) Es de D. Ramón que felicita á Enrique por su triunfo de anoche. (Deja la tarjeta sobre un mueble.) Pues yo se la daré, muchas gracias.

PORTERA. No hay de que, señorita. Vaya, ¿desea usted alguna cosa?

AURORA. Nada, muchas gracias.

PORTERA. Pues que ustedes sigan bien. Hasta luego. (Sale.)

D.ª TECLA. Vaya usted con Dios,

AURORA. Voy á avisar á Enrique.

D.ª TECLA. Anda; pero procura aparecer tranquila.

AURORA. Descuide usted mamá. (Sale derecha.)

ESCENA XI.

DOÑA TECLA.

Dice mi hija que yo pienso mal de los hombres. Si ellos no dieran motivo, no pensaría una así. (Pausa.) Además dice el refrán: «Piensa mal y acertarás» (Pausa.) Pero, ¿dónde demonios, se habrá metido este hombre? Por supuesto que en cuanto lo tenga en mi poder le voy á poner el cuerpo como un marcador, y en cuanto á esa cotorra mecánica (Señalando la derecha.) que no dé lugar á que yo le rompa la cuerda, porque le dejo sin oratoria para rato.

ESCENA XII.

DOÑA TECLA, ENRIQUE *y* AURORA.

ENRIQUE. (Saliendo con Aurora.) Buenos días, mamá suegra.

D.ª TECLA. Buenos los tengas.

ENRIQUE. (Sentándose á la mesa.) Ya me ha dicho Aurora algo de lo que ocurre. Pues bien, puede usted estar completamente tranquila respecto á su esposo, pues no le ha ocurrido nada, personalmente se entiende, que pueda afectar en lo más minimo ... (Campanilla.)

D.ª TECLA. ¡Calla! ¡Es él! Le conozco en la manera de llamar.

AURORA. Voy á abrir. (Sale.)

D.ª TECLA. (Dios me dé serenidad.)

ENRIQUE. (El Señor nos acoja en su seno.)

ESCENA XIII.

DICHOS *y* D. SERAPIO.

D. SERAPIO. (Entra hablando en tono de mal fingida energía.) ¡Me parece muy bien. (Nos daremos por ofendidos. Es lo mejor.) ¿De modo y manera que después de una mala noche pasada en aras de la amistad y ejerciendo una de las tan conocidas obras de misericordia, voy á casa y me encuentro con que la se-

ñora se ha venido de visita? (No me ha salido del todo mal).

D.ª TECLA. (Conteniéndose.) No sé cómo te escucho con paciencia. ¿Es decir, que vienes tarde y con daño? ¿Te has pasado la noche en *arias* y en *obras*, como tú mismo confiesas, y todavía vienes con humos de razón? ¿Dónde has estado?

D. SERAPIO (Muy sorprendido á Enrique.) ¿Cómo? ¿No le has dicho lo que sucede?

ENRIQUE. Me disponía á hacerlo cuando ha llegado usted. Y á propósito, ¿cómo está? (Con mucha afectación.)

D. SERAPIO. (Muy triste.) ¡Muy mal, muy mal! Tal vez á estas horas haya pagado con la vida su incomprensible imprudencia. ¡Pobre amigo mío!

ENRIQUE. Pero, ¿ha muerto?

D. SERAPIO. No; pero morirá seguramente. (No faltaba más).

ENRIQUE. ¡Pobre señor! ¡Tan buen amigo como era! Tantos infames como hay en este mundo gozando de tan buena salud, y luego un hombre honrado.....

D.ª TECLA. (Muy sorprendida.) Pero, ¿qué estáis hablando?

AURORA. (Con sorpresa.) Pero, papá. Enrique. ¿Qué es lo que sucede?

D. SERAPIO. ¡Una desgracia espantosa! ¡Una pérdida irreparable!

ENRIQUE. ¡Muy irreparable! ¡Irreparabilísima!

D.ª TECLA. ¡Qué atrocidad! Pero decirlo de una vez.

D. SERAPIO. Mira que os váis á afectar y después.....

D.ª TECLA. No importa; peor es la incertidumbre en que nos tenéis.

AURORA. Tiene mámá razón. Decirlo.

D. SERAPIO. Pues que lo queréis, sea. Pero yo no seré responsable de lo que pueda ocurrir. (Pausa.) Anoche, al bajarse de un tranvía, sin esperar á que estuviera parado por completo, se le fué un pie y se cayó, y.... ¡Sólo el pensarlo me horroriza!

ENRIQUE. ¡Como que se le pone á uno la carne de gallina asada!

AURORA. Pero acabad, ¿quién se cayó?

D. SERAPIO. Un coche.....

D.ª TECLA. (Sorprendida.) ¿Se cayó un coche?

D. SERAPIO. No, mujer; se cayó, y un coche que pasaba al mismo tiempo..... (Rompe á llorar.)

ENRIQUE. Y ¿le ha hecho mucho daño?

D. SERAPIO. ¡Muchísimo! Le ha fracturado los dos brazos, las dos piernas, tres ó cuatro clavículas y yo no sé cuantas costillas.

D.ª TECLA. (Con ironía y adivinando la intriga) ¿Nada más?

D. SERAPIO. Creo que la cabeza también ha sufrido algún desperfecto.

ENRIQUE. (Bueno le hemos puesto en poco tiempo.)

D.ª TECLA. Y, ¿á quién le ha ocurrido ese pequeño percance?

AURORA. Pero, papá, por favor, ¿quién es ese desgraciado?

D. SERAPIO. ¿Quién? ¿Queréis saberlo? Pues..... no puedo, me ahoga la pena. (Rompe á llorar.)

ENRIQUE. Hágase usted superior á la desgracia y dígalo de una vez. Los malos tragos deben de beberse cuanto antes.

D.ª TECLA. Tiene Enrique razón, dilo de una vez.

AURORA. Sí, dígalo usted.

D. SERAPIO. Pues bien; váis á saberlo, puesto que os empañaís. Pero estar preparadas á recibir un golpe de esos que penetran hasta el fondo de nuestra alma.

ENRIQUE. (El que va á recibir el golpe eres tú.)

D. SERAPIO. Ese desgraciado que en la flor de la vida ha sucumbido víctima de su imprudencia y de la impericia de un cochero, es..... mi amigo, mi casi hermano.....¡Peláez! (Rompe á llorar con grandes muestras de exagerado dolor.)

D.ª TECLA. ¿Peláez? (Mirando sorprendida á Aurora.)

AURORA. ¿D. Ramón? (Mirando sorprendida á Doña Tecla.)

ENRIQUE. El mismo.

D.ª TECLA. ¡Qué pillo!

D. SERAPIO.
ENRIQUE. } ¿Cómo? (Sorprendidos.)

D.ª TECLA. El cochero. (Habla en voz baja con Aurora.)

ENRIQUE. ¡Ah!

D. SERAPIO. ¡No somos nadie! (Mintiendo.)

D.ª TECLA. (Con ironía é intención.) Y..... ¿cuándo le ha ocurrido eso á Peláez?

ENRIQUE. Anoche.

D. SERAPIO. Eso es, anoche. Nosotros lo supimos en el Círculo Obrero y cuando éste terminó su conferencia.....

D.ª TECLA. (Interrumpiendo.) A propósito de conferencia. (A Aurora.) ¿Has dado á Enrique esa tarjeta que ha subido la portera?

AURORA. Es verdad. No me había acordado. (Se la dá.) Toma. (A Enrique.)

ENRIQUE. (Leyendo.) ¡Zambomba!

D.ª TECLA. Léela en alta voz, porque creo que también á ese le interesa.

ENRIQUE. (Tratando de eludir la lectura.) No; no le interesa, es puramente particular.

D.ª TECLA. No importa, leela.

D. SERAPIO. Sí, hombre, léela. Cuando Tecla lo dice.....

ENRIQUE. (Leyendo.) «Querido Enrique: Te doy mi más cordial enhorabuena por tu triunfo de anoche.....

D. SERAPIO. (Interrumpiendo.) Como que estuvo colosal.

ENRIQUE. (Leyendo.) No subo porque llevo mucha prisa, Ramón Peláez.»

D. SERAPIO. (¡Horror!)

D.ª TECLA. Ahora confesarán ustedes que todo lo que ha pasado ha sido una pura comedia, muy bien estudiada por los dos, pero como el tercer personaje no se sabía su papel, el conjunto ha salido un poquito desigual.

D. SERAPIO. ¡Tecla! ¡Teclita! ¡Yo te explicaré!... (Muy apurado.)

D.ª TECLA. No sé como he tenido paciencia, pero yo te aseguro.... (Dirigiéndose á él amenazadora.)

AURORA. (Interponiéndose.) ¡Mamá por Dios!

ENRIQUE. (Idem.) ¡Mamá suegra! Sea usted razonable.

D.ª TECLA. ¡Viejo! ¡Satírico! Libertario! ¡Adulto!

AURORA. ¡Mamá! (Conteniéndola.)

ENRIQUE. !Mamá suegra! (Idem.)

D.ª TECLA. (A Enrique.) Y usted; señor pica pleitos, que se convierte en su cómplice, en su cobertor, en su tapadera.....

ENRIQUE (Muy indignado.) ¿Yo su tapa..... dera? ¿Yo? (Muy resuelto.) Sí señora; yo he sido su tapa..... eso que usted dice, pero no lo seguiré siendo.

D. SERAPIO. (¿Eh?)

ENRIQUE. Yo no puedo consentir que ni la más ligera nube de duda empañe el límpido horizonte de mi honra pura y acrisolada.

D. SERAPIO. (A que lo descubre.)

ENRIQUE. Por eso, no quiero finjir por más tiempo y echando á un lado miramientos y atenciones que antes me obligaron á manchar mis labios con la mentira, voy á exponer aquí, clara y terminantemente, la verdad de los hechos. Y al que le sepa bien que chupe y al que le sepa mal que escupa.

D.ª TECLA. (A Aurora.) (Discurso tenemos.) (Se sientan.)

D. SERAPIO. (Le tira de la americana.) (Cállate, por Dios.)

ENRIQUE. (Volviéndose muy airado.) No; no me tire usted de la americana, porque he prometido decir la verdad y la diré. Pues no faltaba más. (Pausa.) Anoche.....

D. SERAPIO. (Este mamarracho.)

ENRIQUE. Este mamarracho... (Volviéndose otra vez.) Haga usted el favor de callarse, porque me está equivocando. Anoche, digo, entre el numeroso público que en los salones del Círculo Obrero se disponía á escuchar la conferencia que yo tuve á bien explicar, hallábanse algunos individuos, oradores fracasados, que acuden á todas mis conferencias, con el firme propósito de deslucir los éxitos con que siempre se ven coronadas.

D. SERAPIO. Como si dijéramos, los morenos.

ENRIQUE. (Se vuelve.) ¡Cállese el reo! Dichos individuos convencidos de la ineficacia de los medios de que se valen ordinariamente.....

D. SERAPIO. Tales como toser, dejar caer el bastos.....

ENRIQUE. (Muy airado.) No interrumpa ó me veré en la precisión de ordenar que se desaloje la sala.

D. SERAPIO. Callaré, hombre, callaré, no te enfades.

ENRIQUE. Sigo: No contentos digo, de los medios ordinarios adoptaron otro sistema, que ellos creyeron de mejores resultados. Este consiste en la difamación: y, al efecto, cada uno de los citados individuos comenzó á propalar, en derredor suyo, antecedentes y noticias, falsas por supuesto, que pudieran perjudicarme en mi carrera. Uno de ellos, que para

desgracia suya, se hallaba próximo á mi queridísimo padre político.....

D. SERAPIO. Ya sabes que se te corresponde.

ENRIQUE. (Gracias.) No contento con verter las más falsas noticias y los más calumniosos conceptos, referentes á mi vida pública, llegó á inmiscuirse en la vida privada, no sólo de mi humilde persona, sino de mi respetable familia.

D.ª TECLA. (Saltando de la silla.) ¿De tu familia? ¿Qué dijo?

AURORA. Tranquilícese usted, mamá.

ENRIQUE. Nada, en definitiva, nada. Que si tenía una suegra insufrible, con un genio de todos los demonios, que tenía martirizado á su marido y..... otras cosas por el estilo.

D. SERAPIO. (Animándole.) (Anda con ella.)

D.ª TECLA. (Muy sofocada.) Y ¿tú lo consentistes?

ENRIQUE. Yo nada podía hacer, pues no lo oía. Pero este santo varón, (Señalando á D. Serapio.) montado en su justa cólera, se lanzó sobre el calumniador, pretendiendo castigar por su propia mano al que tan villanamente quería manchar el honrado nombre de su familia.

D.ª TECLA. (Cariñosa á D. Serapio.) ¿De modo que tú me defendiste?

ENRIQUE. ¿Cómo querías que yo consintiera que dijera nadie que tú tienes mal genio, no siendo verdad?

D.ª TECLA. ¡Pobre Serapio! Ven á mis brazos. (Le abraza.)

ENRIQUE. (A D. Serapio.) (Queda usted absuelto con todos los pronunciamientos favorables.)

D. SERAPIO. (A Enrique.) (Gracias. Estos abogados para todo encuentran solución.)

AURORA. Y ¿qué pasó después?

ENRIQUE. Como ustedes comprenderán, se armó la de San Quintín llegaron los guardias, se le llevaron á la Delegación y esta mañana, después de haber estado yo toda la noche de Herodes á Pilatos, he podido conseguir que pusieran á tu padre en libertad.

D.ª TECLA. ¿Así es que has pasado toda la noche encerrado por culpa mía?

D. SERAPIO. No, mujer; por culpa tuya, no. Por defenderte, como era mi deber.

D.ª Tecla. Y yo que me había figurado.....

Enrique. Por eso no debe juzgarse sin oir las partes.

Aurora. Yo te prometo que jamás volveré á dudar de tí. (Campanilla.)

Enrique. ¿Quién será á estas horas?

Aurora. Voy á ver. (Sale.)

D. Serapio. ¿Y la criada?

D.ª Tecla. La ha despedido esta mañana Aurora en un arranque de celos.

D. Serapio. Sois el matrimonio de los arranques.

ESCENA FINAL.

DICHOS *y* EL CHICO DE LA IMPRENTA.

Aurora. (Entrando.) Es un chico de la imprenta que pregunta por tí

Enrique. ¿De la imprenta? Que pase.

Chico. (En el foro.) Muy buenos días. De parte del Sr. Cuadrado que haga usted el favor de darme las pruebas que se trajo anoche para corregir.

Enrique. (Se las da.) Toma. Dile á Cuadrado que encargue al corrector que las lea detenidamente, por si á mí se me hubiera pasado algo. (Todo).

Chico. Bueno, se lo diré. ¿Manda usted algo más?

Enrique. Nada.

Chico. Pues que ustedes sigan bien. (Sale.)

Todos. Adiós.

Enrique. (Cuando yo decía que no las corregía yo). Como supongo que ustedes no habrán almorzado, ni nosotros tampoco, ni tendremos el qué, por las ventoleras de ésta, propongo nos vayamos á la fonda á solemnizar el día.

Todos. Aceptado, aceptado.

Enrique. (Al público.)

La causa ya ha terminado,
sólo falta sentenciar,
para lo cual ha de dar
su veredicto el Jurado.

TELON

Obras del mismo autor.

La venida del Mesías. Juguete cómico en un acto y en prosa

Cosas de novios. Juguete cómico en un acto y en prosa.

Madrid al día (1). Pasillo cinematográfico callejero, en prosa y verso.

Coqueta (2). Monólogo en prosa y verso.

Las pruebas.

(1) En colaboración con D. Juan Gómez Renovales.

(2) Para este monólogo hay una romanza compuesta por el maestro Don Francisco Fuster.

